

y con sus ginetes, le correspondia velar sobre Montereau y los puentes del Yona hasta Auxerre. Por fin, las dos divisiones de Jóven Guardia, cuya organizacion se acababa en Paris, tenian orden de apostarse entre Provins y Fontainebleau. Juntas estas tropas no montaban á menos de cincuenta mil hombres, y situadas detrás del Sena, en el recodo formado por este rio desde Nogent á Fontainebleau, debian dar á Napoleon espacio de revolver y ejecutar contra Schwarzenberg lo que hubiera ejecutado contra Blucher. Estos planes estaban por lo menos tan calculados como los de los generales enemigos; solo faltaba saber cuáles responderian mejor á las distancias, al tiempo y á las circunstancias actuales de la guerra. Napoleon partió el dia 9 con su Vieja Guardia, para trasladarse del Sena al Marne, recomendando á todos un secreto absoluto sobre su ausencia. Lleno de esperanza escribió algunas palabras á Mr. de Caulaincourt para animarle é inducirle á usar menos libremente de la *carta blanca* que le habia dado, sin retirársela por esto. A la verdad, si lograba el triunfo, las condiciones de la paz habian de variar sobremanera ¡Así al partir llevaba consigo los destinos de Francia y los suyos propios!

Mientras estaba en marcha, nuestro plenipotenciario infeliz sufría en Chatillon los mayores dolores que pueden aquejar á un hombre de bien y buen ciudadano, y pasaba por tratamientos que le hacian salir los colores al rostro.

Sucesivamente los diplomáticos de la coalicion llegaron á Chatillon el 3 y el 4 de febrero, y se apresuraron á cambiar visitas con Mr. de Caulaincourt, acreditándole atenciones que se afectaba

no guardar mas que á su persona. Se convino en que el 5 presentaria cada cual sus poderes, y en que los dias siguientes empezarian las negociaciones. Entretanto, habiendo procurado Mr. de Caulaincourt obtener algunas confidencias en las comidas ó en las reuniones donde encontraba á los representantes de los aliados, les halló tan corteses como impenetrables. El único de ellos con quien se hubiera podido franquear, á causa de las comunicaciones secretas de Mr. de Metternich, era Mr. Stadion, ministro austriaco y enemigo personal de Francia, y por tanto representante malévolo de una corte animada de sentimientos bien distintos. Mas inferior en categoría Mr. de Floret, aunque mas cordial, hablaba poco, suspiraba á menudo, y daba á entender que se habia cometido un gran yerro en admitir la batalla de la Rothière, pues la situacion se resentiria mucho de su resultado. Tocante á las condiciones, que de ningun modo se nos podian ocultar ya por largo tiempo, Mr. de Floret no decia mas que los otros. Mr. Rasmouffski, antes intérprete de las pasiones rusas en Viena, casi era impertinente en cuanto no se referia á la persona de Mr. de Caulaincourt. Mr. de Humboldt no manifestaba nada, mas siempre se echaba de ver en su porte al prusiano, aunque suavizado por extremo. Mas en buen lugar que todos aparecian los ministros ingleses, y con especialidad lord Aberdeen, raro modelo por su sencillez y por su gravedad dulce del representante de un Estado libre. No debiendo lord Castlereagh tomar parte en las conferencias, aunque yendo á dirigirlas como señor que manda sin dar la cara, sorprendió á Mr. de Caulaincourt con sus segurida-

des pacíficas y con sus protestas de sinceridad. Tanto y tan á menudo insistía en la resolución terminante de tratar con Napoleón que no se podía prescindir de ver en la tal insistencia el cálculo ordinario de los ingleses de aparecer como empeñados en una guerra de interés puramente nacional, y no en una guerra de dinastía. Así afirmaba de continuo que se podían poner de acuerdo al punto, y que con buena voluntad bastaba para explicarse una hora. ¿Mas sobre qué bases había de recaer el acuerdo? Al llegar aquí nadie consentía en adelantar un solo día la declaración solemne de las condiciones de la paz. Muy duras debían ser, calculaba Mr. de Caulaincourt, cuando nadie se atrevía á enunciarlas, y sin duda se aspiraba á promulgarlas como una ley de Europa, á la cual no habría que oponer contradicción de la menor especie. Cada vez que tiraba á provocar alguna confidencia de parte de alguno de los plenipotenciarios, si por rara casualidad le veía á solas, siempre era éste el que cortaba la entrevista. Si se hallaba con muchos, aquel á quien trataba de arrojarse, levantaba la voz para no dar margen á creer en secretas inteligencias con Francia. Evidente era que se temía sobre todo al ser ideal y formidable denominado la coalición, y que no se le quería inspirar recelos por nada del mundo. Decir al representante de Francia ó escucharle algo no común á todos, pareciera una infidelidad en que no osaba incurrir nadie. Solamente lord Castlereagh, obrando como hombre á quien no podían alcanzar las sospechas, dijo y escuchó algunas palabras aparte en sus diversas entrevistas con Mr. de Caulaincourt, y únicamente para repetir la declaración

fastidiosa de que se deseaba la paz, y de que se podría celebrar en una hora, con tal de quererse poner de acuerdo. ¿De acuerdo sobre qué? Esta eterna pregunta quedaba siempre sin respuesta.

Así pasó Mr. de Caulaincourt cuatro días mortales, sin lograr explicación alguna, si bien adivinando lo que no se le decía y le indujo á reclamar de Napoleón con instancia nuevas instrucciones. Se cambiaron el 5 de febrero los poderes, declarando que las cuatro grandes potencias, Rusia, Prusia, Austria, Inglaterra, tratarían por las diversas cortes de Europa, grandes y pequeñas, en guerra con Francia; manera de proceder mas cómoda, si bien revelaba el yugo común que se habían impuesto los miembros todos de la coalición. Al mismo tiempo se anunció por boca del representante de Inglaterra que la cuestión del derecho marítimo quedaría segregada de las negociaciones; que la Gran Bretaña no pensaba someterla á nadie, ni aun á sus aliados, porque era una cuestión de derecho eterno y no dependiente de las resoluciones transitorias de los hombres. De buen grado se dijera que aquí se encerraba un dogma sobre el cual no cabían las transacciones.

No era ocasión de contradecirlo, pues teníamos que defender cosas de muy otra importancia que el derecho marítimo a la hora presente. Sin embargo, por honor de la verdad hizo Mr. de Caulaincourt algunas observaciones, que fueron oídas con silencio glacial y á las cuales no se dió respuesta ninguna. No insistió Mr. de Caulaincourt, y pasóse adelante. Se convino en que durante la celebración del congreso se presentarían las proposiciones por notas, y por notas serían contesta-

das, y en que, si daban motivo á observaciones verbales, un protocolo llevado con exactitud las transcribiera de seguida, lo cual era una nueva precaucion para evitar desconfianzas entre los confederados. No suscitando Mr. de Caulaincourt ninguna dificultad sobre estas cuestiones de forma, pidió que se empezara á entrar ya en lo sustancial de la materia, y á enunciar las condiciones de la paz. Ni este dia, ni el siguiente quisieron iniciar tan grave asunto, bajo pretesto de no estar preparados. Al cabo el dia 7, despues de hacer pasar á Mr. de Caulaincourt por tan larga espera, tomando la palabra uno de los plenipotenciarios por todos, leyó en tono solemne y perentorio la declaracion siguiente.

Ante toda otra condicion debia volver Francia á sus límites de 1790, no aspirar ya á ninguna autoridad en los territorios situados mas allá de estos límites, y además no mezclarse en la distribucion que se iba á hacer de ellos; de suerte que no solo se le quitaban la Holanda, Westfalia é Italia, cosa harto natural, sino que no se queria que á título de gran potencia tuviera voto acerca de la suerte de estas comarcas; y se obraba de este modo así respecto de las existentes mas allá del Rhin y los Alpes, como de las de mas acá, de suerte que al abandonar la Bélgica y las provincias rhinianas, ni aun sabria lo que iba á ser de ellas. Finalmente, convenia responder por un sí ó por un nó antes de entrar en toda especie de parlamento.

Jamás se trató á vencidos con tal insolencia; y vencidos no lo estábamos todavia, pues en Brienne quedamos vencedores, y en la Rothière, durante una jornada entera, treinta y dos mil franceses

hicieron cara á ciento setenta mil enemigos, sin que pudieran envolver á estos treinta y dos mil franceses, ni destruirlos, ni privarles de sus medios de retirada.

Tan poseidos estaban los asistentes del sentimiento de la enormidad de estas proposiciones, que ninguno tomó sobre sí el empeño de comentarlas, temiendo los mas hostiles debilitarlas con el comentario, rehusando los mas templados encargarse de justificarlas. A esta comunicacion sucedió un silencio profundo. Dominando Mr. de Caulaincourt su emocion con gran trabajo, declaró que tenia que presentar diversas observaciones, por lo cual solicitaba ser oido. Tras de algunas vacilaciones se señaló para oír á Mr. de Caulaincourt la noche del mismo dia.

En tropel acudian á la mente las observaciones respecto de comunicacion tan extraña. ¿Ante todo, cómo conciliarlas con las proposiciones de Francfort, proposiciones indisputables, puesto que á la conversacion no negada de Mr. de Saint-Aignan se añadió una nota escrita que las resumia todas, y puesto que tras la respuesta evasiva de Mr. de Basano insistió Mr. de Metternich en obtener la aceptacion terminante? Ligados los autores de las proposiciones de Francfort, a quienes la aceptacion ésta fué enviada ¿cómo podia ser que hoy hicieran proposiciones tan diametralmente opuestas? Además, considerando las cosas bajo el punto de vista del equilibrio europeo, despues de haber dicho á Francia al entrar en su territorio, que no se le queria disputar la justa grandeza adquirida ¿cómo se pretendia reducirla á las fronteras de Luis XV, cuando despues de Luis XV se

habian repartido tres grandes potencias del continente la Polonia, cuando despues de 1790 las potencias todas habian hecho adquisiciones considerables, que alteraban completamente las antiguas proporciones de los Estados? Si por el reposo de Europa se debia volver en general á los límites de 1790 ¿no era justo que restituyese cada cual lo que habia tomado, que Austria no pensase en retener á Venecia, que Prusia y Austria no guardasen lo cercenado á los pequeños Estados alemanes, y á los príncipes eclesiásticos sobre todo, que Rusia, Austria y Rusia devolviesen la última porcion que se habian adjudicado de Polonia en la época del postrer repartimiento? ¿No era justo, en fin, que la Inglaterra se desprendiese de las islas Jónicas, de Malta, del Cabo, de la isla de Francia, etc? Con reducir solamente á Francia á sus límites antiguos, se destruia en daño de todos el equilibrio necesario de fuerzas en Europa; y si Francia, como despues lo han probado los sucesos, podia continuar grande y muy grande, aun perdiendo algunas provincias, lo deberia á la energía, á la pujanza de espíritu de su pueblo, esto es, á su grandeza moral, de la cual no se le podia privar como de su grandeza material. Sin duda que á todo se podia avanzar en nombre de la victoria, y que no habia discusion que no se atajara con este argumento; pero en este caso convenia dar de mano á las palabras insidiosas de que al cruzar el Rhin se habia hecho uso, y declarar de lleno que la fuerza y no la razon iba á regular la conducta de las potencias aliadas. Entonces Francia sabria á qué atenerse respecto de sus invasores. Y no era esto lo único que se debia tener presente. ¿Cómo

pedir en globo sacrificios inmensos, sin especificarlos, sin determinar el mas y el menos, lo cual era muy de bulto, pues asi en los Países Bajos y en las provincias rhinianas como á lo largo de la Suiza y de los Alpes, se presentaban muchas cuestiones, que, resueltas en tal ó cual sentido, producirian resultados muy diferentes? ¿Y era posible ceder estas porciones de territorio, sin saber á quien serian adjudicadas? Diferencia capital constituia, por ejemplo, abandonarlas á una pequeña potencia ó á una grande; entregar un territorio á la izquierda del Rhin á un estado pequeño como el Hesse, ó á un estado grande como Prusia. No quererse explicar sobre ninguno de estos puntos era un proceder incalificable, y que apenas se podia usar con un enemigo á quien se hubiera puesto el pié en la garganta; y que si desgraciadamente Francia se habia de ver algun dia bajo las plantas de sus enemigos, aun no lo estaba ahora. Finalmente si su representante se resignaba al todo ó á parte de estos sacrificios, no podia ser mas que para conseguir que cesara una guerra cruel al instante, para evitar una batalla de la cual resultaria tal vez la vida ó la muerte, para salvar á París en suma. ¿Y habia posibilidad de resignarse á estos sacrificios dolorosos sin la seguridad prévia de que, apenas fuese pronunciada una palabra de aceptacion, de seguida el enemigo haria alto?

Mr. de Caulaincourt procuró presentar la noche del 7 estas observaciones y lo hizo con indignacion reprimida. Como soldado que era, mas estimaba hacerse matar con el último francés peleando contra enemigos tan insultantes, que consumirse estérilmente en una negociacion donde no se que-

ria oír ni responder nada; mas era fuerza sufrirlo todo, para coger al vuelo la ocasion de la paz, si se presentaba por feliz acaso, y con infinita medida á través de la cual se descubria un sentimiento amargo, recordó las condiciones de Francfort, formalmente propuestas y formalmente aceptadas; objetó al proyecto de reducir á Francia á sus límites antiguos, las adquisiciones que las diversas potencias habian ya hecho ó aspiraban á hacer en Polonia, en Alemania, en Italia y sobre todos los mares; y especialmente preguntó qué seria de las provincias arrancadas á Francia, cuál seria el premio de los sacrificios á que pudiera avenirse, y si por ejemplo se lograría como consecuencia inmediata la suspension de las hostilidades.

Visiblemente la primera observacion referente á las proposiciones de Francfort puso en aprieto á los ministros de las potencias aliadas. No habia que replicar de seguro, y si las naciones reconocian otra razon que la fuerza, al punto fueran condenados los negociadores. Mr. de Rasoumoffski, el arrogante ruso, que representaba al emperador Alejandro, respondió que no sabia de que se trataba por tal modo. Mr. Stadion, que representaba al gabinete austriaco, autor principal y directo de las proposiciones de Francfort, expuso que nada de esto se le decia en sus instrucciones. Pero lord Aberdeen, el mas sincero, el mas recto de los personajes presentes, que habia asistido á las aberturas hechas á Mr. de Saint-Aignan y discutido sobre los términos de la nota de Francfort ¿cómo podia negarlo? Así limitóse á balbucir algunas palabras demostrativas del embarazo de su probidad; y oponiendo al punto aquellos diplomáticos á las

razones del ministro francés una especie de clamor general, pronunciaron á una que no se trataba de semejantes cuestiones; que, no de las proposiciones de Francfort, sino de las de Chatillon, les correspondia ocuparse; que sin levantar la sesion habia que responder sobre estas y no sobre las otras; que su mision no era discutir las, sino presentarlas, y saber si eran admitidas ó desechadas, y echando cada cual mano á su capa, por fin dijeron que se trataba de la paz ó la guerra, y guerra de exterminio, que habia que decidirse al cabo, respondiendo con un sí ó con un nó y sin demora. Al ver Mr. de Caulaincourt que no habia manera hábil de lograr que se explicaran hombres que no querian mas que un sí ó un nó, reclamó aplazar la conferencia, lo cual fué aceptado, tras de lo cual se retiraron todos.

Alternativamente se sentia Mr. de Caulaincourt dolorido é indignado, porque en las proposiciones que osaban hacerle tan afrentosa era la forma como desesperante la sustancia. Sin duda Napoleon habia abusado de la victoria, mas nunca á tal extremo. A menudo habia exigido mucho de sus enemigos, pero jamás les habia humillado. Cuando Alejandro, que al dia siguiente de la jornada de Austerlitz iba á quedar prisionero con todas sus tropas, pidió gracia por medio de una esquila escrita con lápiz, Napoleon respondió con una cortesía no imitada ahora. Y en todo caso, Napoleon no era Francia, los yerros del uno no se podian imputar á la otra, y ya que tanto se afectaba segregar á Napoleon de Francia, por las culpas de aquel no se debiera castigar á ésta. Sea como quiera Mr. de Caulaincourt veia á las claras que, para

detener á los aliados, no habia mas arbitrio que pronunciar aquella palabra tan cruel de aceptacion pura y simple, y á trueque de cerrarles la entrada de Paris, se hallaba dispuesto á usar de los ilimitados poderes de que estaba investido. Este excelente ciudadano, adicto á Francia y á la dinastía imperial, cayó ahora en el error, único de que se le pueda hacer cargo, de pensar en el trono de Napoleon mas que en su gloria. No reflexionaba lo bastante que para Napoleon valia mas perecer que abandonar las fronteras naturales; que para él era cuestion de honor y para Francia de verdadera grandeza; que por abatida que se hallara, no se le podria exigir nada peor que lo exigido actualmente; que siempre tendria las fronteras de 1790 con los Borbones; que por tanto asi para Napoleon como para ella valia mas aventurar el todo por el todo; y este noble personaje, que habia tenido razon contra su soberano tan á menudo, no tenia un conocimiento de la situacion tan exacto como él en esta coyuntura. Asi estaba dispuesto á ceder, aunque no sin la condicion de estar seguro de que el enemigo se detendria en el instante. Pero ceder sobre cuanto se le pedia, sin la certidumbre de salvar á Paris y el trono imperial, era á sus ojos una humillacion desconsoladora y sin compensacion alguna. Dirigiéndose bajo la influencia de su desesperacion al único de aquellos plenipotenciarios, en quien bajo el diplomático descubria al hombre, se afaná por saber de su boca, si el cruel sacrificio exigido suspenderia á lo menos las hostilidades. Lord Aberdeen, á quien apeló para el objeto, defendiéndose mucho, á tenor de la comun consigna, de toda comunicacion privada con el

representante de Francia, le dió á entender, no obstante, que no habria suspension de hostilidades sino al precio de una aceptacion inmediata y sin reserva, y solo á contar desde las ratificaciones. Esto casi equivalia á pedir que se rindiera á discrecion y hasta sin seguridad de salvar la vida, pues en el intervalo de las ratificaciones se podia dar una batalla decisiva, de modo que la suerte de Francia se resolviera por las armas. Tal resultado no merecia la pena de recurrir á las precauciones de la política, ya que no se evitaban las decisiones de la fuerza. Asi, á pesar de tener *carta blanca* no se atrevió á formular la aceptacion que se le queria arrancar, y escribió al cuartel general para comunicar á Napoleon sus ansiedades. Pero no mas tarde que al dia siguiente recibió del plenipotenciario ruso la extraña declaracion de que se habian suspendido las sesiones del congreso. Se pretextaba que antes de proseguir las conferencias queria el emperador Alejandro entenderse de nuevo con sus aliados. Esta última comunicacion acabó de desesperar á Mr. de Caulaincourt. Ya creyó ver que la caida de Napoleon se hallaba irrevocablemente resuelta, y profundamente dolorido escribió á Mr. de Metternich para preguntarle bajo el sello del mas impenetrable secreto, si en el caso de que usara de sus poderes para aceptar las condiciones impuestas, obtendria la suspension de las hostilidades. Quizá esto era poner de manifiesto su desesperacion en demasia; á la verdad esta desesperacion era de un hombre de bien y excelente ciudadano, y la comunicacion se dirigia al único diplomático que no queria llevar al extremo la victoria; pero hay posiciones en las cuales se

necesita ocultar bajo una frente de hierro los sentimientos mas nobles del alma. Mr. de Caulaincourt no tuvo, por tanto, mas que aguardar la respuesta de Mr. de Metternich por un lado y de Napoleon por otro.

Segun el estado á que habian llegado las cosas, tan solo el cañon entre el Sena y el Marne y el silencio en Chaillon podian traer un cambio cualquiera á situacion tan horrible. Napoleon estaba en marcha, y al tiempo de emprenderla habia enviado á decir á Mr. de Caulaincourt que no se diera prisa. En visperas se hallaba de jugar el todo por el todo, y lo ejecutaba con la confianza de un jugador consumado que no dudaba casi de que su nueva combinacion le saliera á maravilla.

Mas arriba se ha visto cual era la disposicion de los ejércitos cuando Blucher se separaba del príncipe de Schwarzenberg, y cuando Napoleon estaba dentro de Nogent-sur-Seine en acecho, y sin quitarle ojo. El general prusiano de York bajaba á lo largo del Marne detrás del mariscal Macdonald, que apretado por éste á retaguardia y amenazado por Blucher de blanco, no tenia otro recurso que retirarse á Meaux de prisa. Marchando Blucher á igual distancia del Marne y del Aube, por Fere-Champenoise y Montmirail, envió á Sacken por delante, y con Olsouvieff, Kleist y Langeron siguióle en persona. Ya Macdonald se habia retirado á Meaux el 9 de febrero y los enemigos estaban situados del modo siguiente; el general de York en Chateau-Thierry junto al Marne con diez y ocho mil prusianos, Sacken sobre el camino de Montmirail con veinte mil rusos, Olsouvieff con otros seis mil rusos, y por fin Blucher detrás, en Etoges, con diez

mil hombres de Kleist y ocho mil de Capzewitz, reliquias estos últimos de Langeron. De consiguiente sumaban á lo menos sesenta mil hombres diseminados desde Chalons hasta Ferté-sous-Jouarre, parte junto al Marne, parte sobre el camino que separa de este rio al Aube. Si Napoleon, cuyo superior golpe de vista habia columbrado tal estado de cosas, caia á tiempo en medio de dispersion semejante, podia obtener los resultados mas imprevisitos y mas vastos.

Por una feliz circunstancia, último favor de la fortuna, el camino de Champaubert por donde Napoleon procedente de Nogent iba á desembocar en el de Montmirail, solo estaba guardado por los seis mil rusos de Olsouvieff. Asi halló casi desguarnecido el punto por donde se podia introducir en medio de los cuerpos enemigos, y este era el caso de decir que habia encontrado su parte flaca. El 7 de febrero ordenó á Marmont ir adelante con parte de su caballería y de su infantería de Nogent á Sezanne, anunciándole que le seguiria en persona. Dos dias despues envió á las órdenes de Ney y con igual rumbo, una division de Jóven Guardia y parte de la caballería de este cuerpo de preferencia. Por último, el 9 partió en persona con la Vieja Guardia á las órdenes de Mortier, y pernoctó en Sezanne. De Nogent á Champaubert habia un camino de travesía, mal conservado, como á la sazón todos los de segunda clase en Francia, y mas allá de Sezanne era impracticable del todo para carros y carretas. A las dos leguas mas de distancia de este punto, en Saint-Prix, se encontraba la extremidad de los pantanos de Saint-Gond, y por medio el riachuelo llamado *Petit-Morin*, que corre á la

falda de los terrenos elevados, por encima de los cuales pasa la calzada de Montmirail á Meaux. Todo el día 9 costó á la artillería lo indecible llegar á Sezanne. Además hallóse al mariscal Marmont que despues de abundar en la idea de caer en medio de los cuerpos dispersados de Blucher, y de avanzar el 7 hasta Chaption, de pronto desanduvo camino, dando por impracticables los pantanos de Saint-Gond, por cubiertas de enemigos las alturas, por frustrado el plan del todo, etc. Napoleon no hizo caso alguno del trastorno de ideas que se habia operado en la cabeza del mariscal (1) y ordenó que se

(1) Aquí vienen bien ciertos pormenores sobre una cuestion histórica que suscitan las Memorias del mariscal Marmont relativamente á las cosas de Champaubert, Montmirail, Vauchamps, etc. Este mariscal de talento brillante, aunque no tan sólido ni con mucho, ha muerto en la creencia de ser autor de la importante maniobra de Montmirail, que en vísperas de su caída valió á Napoleon cinco ó seis jornadas de las mas bellas de su existencia. Ahora véase en qué se fundaba para creerlo, y en qué se funda para contarlo en sus Memorias. Con su talento perspicaz descubrió desde Arcis-sur-Aube y desde Nogent-sur-Seine, donde se mantuvo del 2 al 6 de febrero, el movimiento de Blucher, y por un instinto natural escribió á Napoleon el día 6 proponiéndole caer sobre el general prusiano. Al día siguiente recibió la orden de marchar á Sezanne, y aun con menos amor propio que el suyo, se pudo creer inspirador de esta felicísima maniobra. Esto es lo que refiere en sus Memorias, citando sus propias cartas y las que se le enviaron en respuesta, en lo cual anda perfectamente exacto. Pero no cita dos circunstancias, una por no saberla, y otra quizá por haberla olvidado, y las dos alteran la relacion en un todo. Antes de nada hay que notar que el 6 de febrero escribió por vez primera sobre el asunto, y que ya el 2 habia anunciado Napoleon al ministro de la Guerra su proyecto, que era á la vez su últi-

marchara hácia la aldea de Saint-Prix, por donde cruza el Petit-Morin, y que se superarán las dificultades del terreno á toda costa. De las noticias que le llegaron de diversos puntos resultaba que en Montmirail y mas á la espalda, en Etoges, habia rusos, y que junto al Marne habia prusianos. Sabiendo con qué clases de enemigos se las habia entonces, abrigaba el convencimiento de que no marcharian de suerte que presentaran una masa impenetrable. Con Marmont, Ney y Mortier reunia treinta mil hombres de sus mejores tropas, y eligiendo bien el sitio por donde conviniera penetrar y haciendo allí vigorosa punta, seguro estaba de hallarse antes de mucho en mitad de los cuerpos enemigos. Solo habia que atravesar un mal paso,

ma esperanza, dependiente de una falta del enemigo que con su penetrante mirada preveia antes de que se cometiese. Del 2 al 6 lo dispuso todo en conformidad de estas miras, sin decir nada al mariscal Marmont, que ignorando lo que Napoleon pensaba y escribia, se creyó autor de la combinacion proyectada. Luego el mariscal Marmont no añade que llegado á Chaption perdió alientos, creyó imposible la maniobra, retrocedió camino, y escribió el 9 á Napoleon una carta de cuatro carillas, que existe en el depósito de la Guerra, aconsejándole que renunciara al proyecto de que se ha creído autor toda su vida. Nada alarmado Napoleon, segun se acaba de ver, de lo que habia desalentado á Marmont, porque abarcaba el conjunto de las cosas, seguro de que si en Champaubert se hallaba alguna tropa, no era posible que allí estuviesen los sesenta mil hombres de Blucher, señalados al propio tiempo en Vertus, Etoges, Montmirail y Chateau-Thierry, marchaba adelante, con la conviccion de que penetraria por entre los enemigos, y además se aventuraba al lance por la razon poderosa de que en situacion como la suya necesitaba arriesgarlo todo para el éxito de su gran maniobra. Se va

el de los terrenos pantanosos y extendidos entre Sezanne y Saint-Prix. Llamadas las autoridades prometieron allegar todos los caballos del país; y á impulsos de los mejores sentimientos, y exasperados con especialidad por la presencia del enemigo, acudieron los moradores en muchedumbre, y ya la mañana del día 10 hubo preparados entre Sezanne y el Petit-Morin refuerzos de brazos y de caballos.

A la punta del día 10 de febrero se emprendió la marcha. Marmont iba al frente con la caballería del primer cuerpo y con las divisiones de Ricard y Lagrange, que formaban el sexto cuerpo de infantería. Al acercarse al Petit-Morin se embarrancaron á causa de lo malo del terreno, mas los aldeanos sacaron los cañones de los barrizales con sus bra-

á ver si tuvo razón ó la tuvo su lugarteniente, y quién de los dos fué autor de la admirable operacion á que se hace referencia. Ya hemos alegado hartas pruebas de lo difícil que es llegar á la verdad histórica, y el hecho que discutimos nos suministra un nuevo ejemplo. Y el mariscal Marmont era un hombre de talento, un testigo ocular, y podía decir:—Yo estuve allí en persona.—Por esto Napoleón expresó en una de sus cartas con tanta profundidad como agudeza, *que sus oficiales sabian lo que hacia sobre un campo de batalla, como los paseantes de las Tuillerias sabian lo que escribia dentro de su gabinete*, lo cual significa que estando encima del conjunto de las operaciones, solo por sí penetraba el secreto de cada una. Tal es la causa de que siempre en sus órdenes y en sus correspondencias vayamos á buscar este secreto, y no en las mil relaciones de testigos oculares, que sin duda tienen su valor de leyendas, pero muy relativo y limitado de continuo al hecho material que se les presenta á los ojos, y no extendiéndose sino rara vez al verdadero sentido de este hecho.

zos y sus caballos, y se pudo llegar al puente de Saint-Prix á fuerza de fatigas. Algunos tiradores de Olsouviéff guarnecian el Petit-Morin por ambas riberas; se les ahuyentó y se cruzó el puente. De seguida la caballería del primer cuerpo avanzó al trote largo. Cruzado el Petit-Morin se penetra en un valle, en cuyo fondo se halla situada la aldea de Baye, luego remontando este valle, se desemboca sobre una especie de meseta, en cuyo centro está Champaubert. Olsouviéff, provisto de artillería numerosa, estableció al borde de la meseta veinte y cuatro bocas de fuego apuntando al valle por donde íbamos á meternos. Adelante lanzóse la caballería del primer cuerpo, á pesar de los disparos de Olsouviéff, y cayó sobre la aldea de Baye, seguida de la infantería de Ricard. Ginetes é infantes entraron mezclados en la aldea y treparon á las cumbres detrás de los rusos. Algo á la izquierda se hallaba otra aldea, la de Bannai, que ocupaban los rusos con golpe de fuerzas. Allí marchó la Guardia é hizo que la evacuaran al punto.

Entonces fué ya posible el despliegue sobre la meseta, cuyo terreno bastante unido se halla sembrado de algunos boscajes, y se divisó el camino de Montmirail, del cual teníamos que apoderarnos y que yendo de nuestra derecha á nuestra izquierda, de Chalons á Meaux, atravesaba la aldea de Champaubert delante de nosotros. Poco mas de una legua habia que andar para ir á este punto importante.

En este momento se descubria un cuerpo de infantería rusa de cerca de seis mil hombres, teniendo mucha artillería, pero caballería muy escasa, y retirándose precipitadamente aunque en buen ór-